



REDACCIÓN
CALLE DEL TUTOR, NÚMERO 41

NÚMERO SUELTO 15 CENTIMOS

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN MADRID...
Un mes..... 1 peseta
Trimestre... 2,50
Año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN PROVINCIAS...
Un Trimestre..... 3 pesetas
Semestre..... 6
Año..... 12

LA REPÚBLICA

Para conmemorar el aniversario de la proclamación de la República, hemos puesto á la venta el 11 de Febrero una magnífica oleografía, en más de veinte colores, representando á la República, en busto, de tamaño natural, al precio de 1'25 pesetas para los correspondientes y 1'50 para el público en general, siendo las dimensiones de la misma 17 x 39.

CANTARES

No tengo por mi gitana
para hacer cantar á un ciego,
y perderé la vergüenza,
si la aguanto por más tiempo.

¡Gitanilla, gitanilla!
no te bañes en el mar,
báñate en agua de rosas,
mira que hueles muy mal.

Mi gitana una sardina,
su churumbel un percebe,
una foca la abuelita.
¡Esto es la mar con sus peces!

Si vas á la mar, gitana,
mójate la coronilla,
y no la saques del agua
hasta que yo te lo diga.

Entre las olas del mar,
flaca como un alma en pena,
compite mi gitanilla
con el bacalao truchuela.

A la mar fui por naranjas,
cosa que la mar no tiene
que estando mi gitanilla
no van á quedar ni peces.

DE AYER Á HOY

Yo lo vi. Entre los escombros de la demolida barricada yacía el cadáver, caliente todavía. Era un manco, casi un niño. Negra orla de rizados cabellos circundaba su frente, y un ligero bozo sombreaba apenas su labio como primer florecimiento de naciente virilidad. Allí yacía inerte, ensangrentado, cubierto de heridas, cosido á bayonetazos. Más que el dolor supremo de la muerte, expresaban sus facciones la animación de la lucha, realzada por ese sello indefinible de grandeza heroica que acompaña siempre á las voluntarias inmolaciones.

¿Qué entendía aquel mozo de derechos? ¿Qué sabía él de libertad? Nada. Nunca había frecuentado las aulas para desgastar, rozándolo con el Digesto, el nativo sentido de lo justo. Nunca había seguido, á través de la historia de las Constituciones políticas, el proceso de los conciertos que han pactado, para ir viviendo, la libertad y la tiranía. No deletreó á Stuart Mill, ni hojeó á Julio Simón, ni aprendió en T. equerville los varios motivos que puede haber para amar á la democracia, ni en Benjamín Constant las razones que aconsejan el corromperla.

Era un liberal nato, un demócrata impulsivo. Amó la libertad como se ama á la madre, sirviola como se corteja á la mujer querida, sin razón, sin fundamento, sin por qué, aconsejado por la infinita sabiduría de lo inconsciente, conducido por la ceguera infalible del instinto. El derecho no fué para él un principio, sino una fe. Como siente la pubertad brotar de las profundidades del alma el misterioso mandato de la especie, así su espíritu sintióse avasallado por el imperativo de los tiempos, y obligado á secundar sin discutir los designios inexcrutables de la historia.

Renieguenle cuantos entiendan que no es prudente respirar ni digerir hasta estudiar Fisiología, ni cabo pensar antes de haber sido iniciado en los secretos de la dialéctica, ni romper á hablar sin saberse de coro la Gramática de la Academia, ni tener novia sin haber saboreado previamente la Retórica de Michelet, criticado las paradojas de Schopenhauer y meditado las disertaciones de Mantegazza. No lo estimaba así aquel paladin de barricada. Sin sutilezas sobre la soberanía nacional, sin ergotizar acerca de los derechos del hombre, murió por ellos sencillamente. Como todo mártir, sacrificóse á lo obscuro. Se ha llamado á los mártires testigos, y en verdad que, si no de la justicia de su causa, sólo irrecusables de la firmeza de su fe.

El orden limpiaba las calles; la reacción triunfante barria los detritus del motín. No tardó en llegar el carro gubernamental, encargado de arrastrar á la gran fosa común la carnaza revolucionaria. En él fué izado

el cuerpo del iluso. Siguió aquel carro su camino, y, en tanto se alejaba, una mano lívida, destacándose de entre el montón de muertos, respondía á cada sacudida del fúnebre vehículo con un movimiento brusco y en apariencia convulsivo. No era fácil adivinar si aquella mano despedía ó amenazaba.

Transcurrió apenas medio siglo. El rico salón, iluminado espléndidamente, dispuesto para el placer y adornado para la fiesta, trocóse de improviso en escenario de uno de esos dramas espantosos, tal como sólo sabe componerlos y ejecutarlos la realidad. Una mano vengativa acababa de lanzar, desde lo alto, el rayo de la dinamita. Allí yacían, en montón informe, los despojos de la explosión, hacinamiento confuso de astillas, fragmentos, galas destrozadas y miembros humanos arrancados y palpitantes. Y en medio de ellos, reposando en lecho de sangre, dormía una pobre niña, entrada apenas en la adolescencia, verdadero capullo de mujer, cubierto el cuerpo con el blanco vestido, como símbolo de su virginidad, y abiertos los hermosos ojos más bien á la sorpresa que no al espanto de la muerte.

¿Por qué había muerto? ¿Quién lo sabía? Fué aquella noche al teatro para celebrar el natalicio de su nubilidad, esa solemne y pudorosa prolongación del vestido que simboliza para la mujer su iniciación en los hondos misterios de la vida. Allí le sorprendió la muerte. Nada más justificado que el asombro que expresaba su rostro hechicero. ¿Por qué la habían matado, á ella que jamás hizo ni deseó á nadie mal alguno? Sus ojos, ya eternamente velados, habían tenido lágrimas para la desgracia; su pequeña mano crispada había socorrido generosamente la indigencia; su pobre corazón, inerte, había acompañado con sus latidos las congojas del infortunio. ¿Quién la odiaba de muerte, á ella que sólo sabía amar? ¿Por qué la electricidad, destructora de las grandes tormentas sociales, iba á descargar sus furiosos sobre la cabeza virginal de aquella criatura inocente, para la cual era desconocido hasta el nombre de las grandes iniquidades, de los crímenes inexpiables que pesan como una maldición sobre el espíritu de las sociedades y la conciencia de las razas?

Llovía á torrentes. Una horrorizada muchedumbre presenciaba á la puerta el transporte de los cadáveres. A la vista del de la pobre niña, la multitud entera prorumpió en un grito unánime de conmiseración, mientras que allá, á lo lejos, tras la densa cortina de la lluvia, la mirada del odio fulguraba en la sombra los resplandores siniestros de un satánico regocijo.

¿Quién nos dará la clave de este enigma? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué matan ahora por odio los que

antes morían por amor? ¿Ha bastado medio siglo para restaurar, en plena civilización, aquellos tiempos oscuros en que la bestia humana combatía, revuelta con las otras bestias, en la noche de la caverna? ¿Es que la pugna del derecho engendraba mártires, mientras la del interés y el apetito no puede producir más que sicarios? ¿O será acaso el sacrificador de hoy la reencarnación del sacrificado de ayer? ¿Será la mano que hoy lanza la bomba, aquella misma mano lívida que se alejaba amenazante hace medio siglo? ¿Será la sangre, estérilmente vertida entonces, la que impone la expiación? ¿Seréis vosotros ¡oh bufones sanguinarios! vosotros ¡oh arlequines trágicos! verdugos del orden, sofistas de la libertad, ergotistas del derecho, retóricos de la democracia, elevados á la altura sobre la ensangrentada cresta de la ola revolucionaria, repletos de carne humana en el festín canibólico de la vieja política, quienes, cerrando la puerta de las grandes esperanzas para dejar abierto el portillo de las supremas desesperaciones, habréis transformado el heroísmo en asesinato y al mártir en verdugo? ¿Será á vuestras flaquezas de ayer á las que deba la sociedad sus terrores de hoy y sus catástrofes de mañana?

ALFREDO CALDERON

ESTO SE VA

Declaramos con entera sinceridad que no nos hemos indignado con el escándalo ocurrido días atrás en el Congreso.

No vale la pena de perder el tiempo desacreditando el sistema parlamentario, porque el tal sistema se basta y se sobra para desacreditarse él mismo.

Las Cortes terminan sus tareas legislativas sin haber legislado nada. Era inútil, pues, la pena de gritar tanto para que se abriese el Parlamento. Porque ya ven ustedes lo que hemos conseguido con tener las Cámaras abiertas: perder el tiempo.

Sí; fué un hermoso escándalo el del lunes. La mayoría nunca harta de atropellos, autorizó con sus votos el despojo del acta al Sr. Solaequi. Los republicanos protestaron indignados. Y el Sr. Sagasta, se levantó solemnemente del banco azul, y entre burlas y chacotas... dió la razón á la mayoría. Indudablemente á ese hombre le ha vuelto á crecer el tupé, como advierte un periódico. El tupé y el cinismo.

Después, y á propósito de si se prorrogaba ó no la

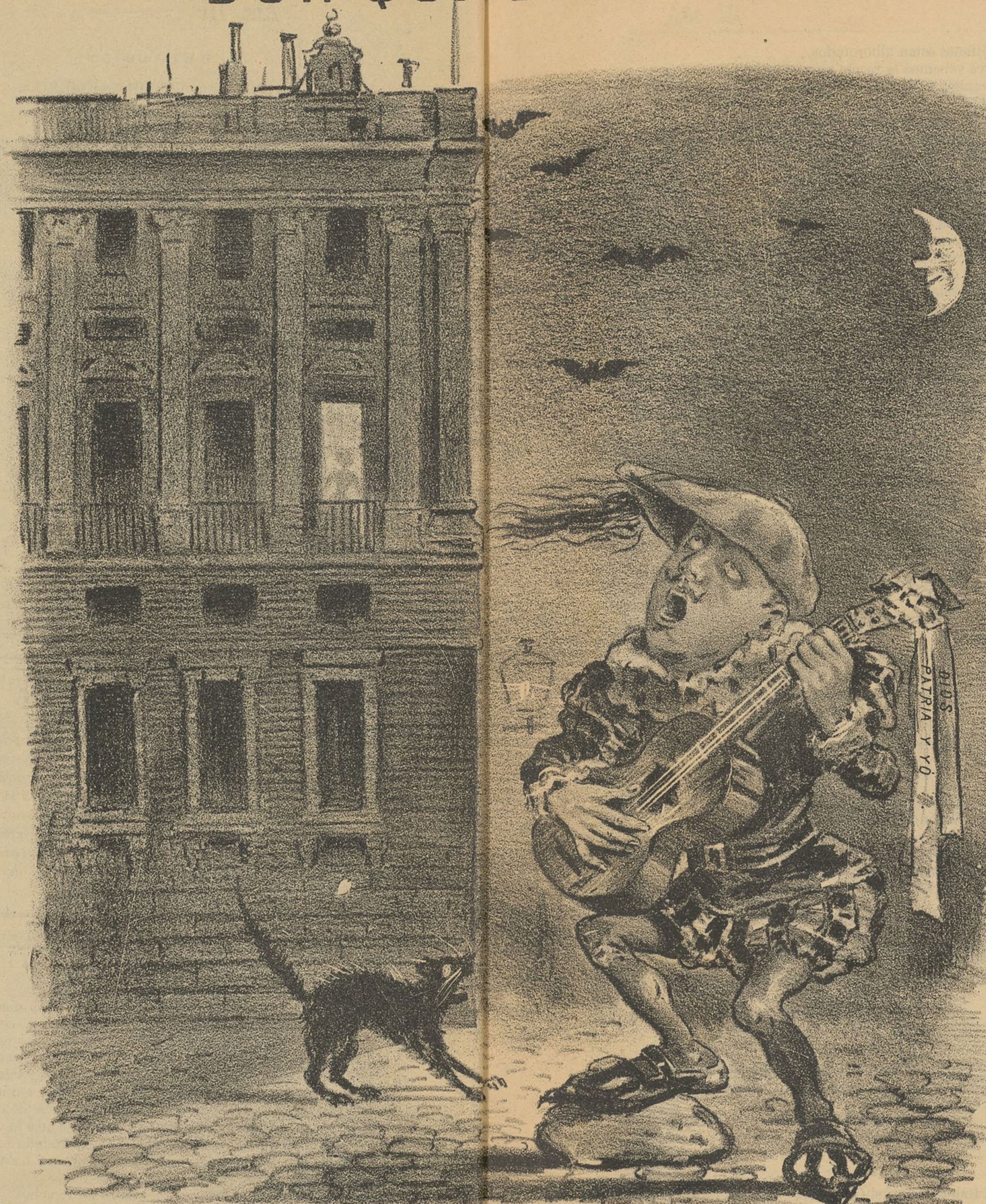
DON QUIJOTE.



Rebuznos de MAYORIA | Rebuznos del conde de X
esos... no suben al cielo. | mucho menos, mucho menos.



¡Ah que Cortes! ¡cielo santo! | ¡buena han puesto la bandera
que labor torpe y grosera! | con tanto remiendo! ¡tanto!



(DE INCOGNITO) - ¡Aquí está claimito l carca | desde la princesa altiva
que por lo terso culiva, | á la que pesca en ruin barca!
- ¡Sal morena! ¡sal!



- Mateo alias TUPECINO - derriba el Congreso laurino.



Peña afeitando deleita, | por que jabona y afeita
pero este tiene mas maña, | al mismo León de España



-Y al uno... ¡sí!
y al otro... ¡no!

sesión, el señor conde de Xiquena arrojó una vez más de la legalidad á republicanos y carlistas, mientras el Sr. Romero Robledo, cantaba los funerales del régimen parlamentario, invitando á los diputados con frase burlesca á que se fuesen á comer y abandonasen aquella aburrida tertulia...

El presidente de la Cámara, dolido de aquel espectáculo, puso fin á él con estas palabras, que tienen el sabor de un epitafio:

«El caso es, que yo no puedo ni debo consentir que continúe el espectáculo que estamos dando ante el país y ante el mundo entero, cualesquiera que sean los sacrificios que por eso haya de imponerme; y puesto que la Mesa ha formulado una pregunta entendiendo que debía la Cámara contestarla sin discutir, yo, antes que presenciar estos escándalos, voy á cargar con la responsabilidad de levantar desde luego la sesión.»

¡Buen final el de esta desdichada legislatura!

Hay que repetir la frase trágica de Martos. «Esto se va.» Las pruebas no pueden ser ni más claras ni más concluyentes. Todo muere en este gran desconcierto en que vivimos. Ayer, nuestro prestigio militar en Melilla; hoy nuestro sistema parlamentario.

Sí. Esto se va.

AL BURRO MUERTO...

Hace cinco ó seis años que Sagasta, contó en una sesión un cuento gracioso, y la Cámara con gusto le escuchó. Turnaba por entonces el partido á las conservadoras, y Sagasta con saña reprimida por no comer turrón, trataba de hacer daño, y se valía de las armas *ad hoc*, ahora á mí me parece conveniente sacar á colación el cuento que al Congreso, hace unos años, D. Práxedes contó.

Vino un inglés del propio *Ingalaterra*, tan rubio como el sol, á visitar España y enterarse de todo lo mejor. Admiró monumentos, más ninguno al inglés le chocó, como uno de Avila ó de Burgos (que no recuerdo bien la población). No admiraba el inglés, la arquitectura de gusto superior. Lo que al mister, señores, le chocaba, fué dos huecos que vió, el uno con su reja nuevecita á modo de balcón, y el otro, ¡oh, mis lectores!, sin un hierro, por lo cual preguntó: que cómo se explicaba que tuvieran, siendo iguales los dos, un defecto tan grande, tener hierros uno sí y otro no. Es muy sencillo dijo el ciceroni, oiga la explicación: Fué que hace tiempo vino un caballero la torre visitó, y al asomarse por el hueco ese no tuvo precaución, y se deshizo el cráneo en esas losas del golpazo que dió, y porque otra desgracia no ocurriese, mandó el gobernador que pusieran los hierros que á usted tanto le llaman la atención, —¿Y cómo en ese hueco no los ponen siendo iguales los dos? —La reja ya está hecha, pero esperan que caiga otro señor. Este es el cuento que el Sr. Sagasta al Congreso contó, censurando uno á los actos del partido á las conservadoras. Hoy á Sagasta el cuento le dedico, pues viene de pistón. Todo el mundo ya sabe que el gobierno, con indolencia atroz, solamente se ocupa de atracarse del famoso turrón, y todo el mundo sabe el abandono igual que lo se yo que se tiene en los trenes, en las vías y en la administración. Una nueva desgracia ferroviaria en Bilbao sucedió, y hubo la mar de víctimas por una falta de precaución. Más pueden consolarse los que hoy sienten tan acerbo dolor. Que el gobierno tomando sus medidas mandó una comisión, que exigirá el castigo del culpable, si culpable existió, y que ha de resultar el maquinista, ó el pobre conductor. Sr. Groizard, D. Práxedes, al punto una indemnización que no pierda la empresa, ¡pobrecilla! los daños que sufrió,

que al que perdió la vida en el percance por voluntad de Dios, le basta con que informe la reciente nombrada comisión, y váyanse nombrando comisiones, porque aseguro yo que como están las vías y los trenes no faltará ocasión de otras nuevas catástrofes, y creo que será lo mejor, porque conforme vayan sucediendo ya verá la opinión como resultará que cuando sea el material *ad hoc*, no quedará una rata que lo cuente en el suelo español. Pues lo mismo el gobierno de Sagasta que el conservador, tienen siempre por norma para todo el cuento del balcón.

LA CATÁSTROFE DE LEZAMA

Un tren despeñado, muchos muertos, muchos heridos: esta es en síntesis la catástrofe de Lezama.

Autores: unos cuantos capitalistas avarientos de Bilbao, y un ingeniero más atento á los intereses particulares que lo que la honradez profesional ordena. Cómplices: el personal técnico encargado por el gobierno de inspeccionar la línea.

Treinta y cinco viajeros: quince muertos y catorce heridos. La estadística oficial se siente piadosa, usa raras magnanimidades con la empresa ferroviaria, y no incluye, entre las víctimas, á esos seis supervivientes de la catástrofe, salvados de la muerte por un azar del destino.

Los gobiernos de la restauración se han declarado siempre humildes súbditos de las grandes empresas.

Oblígalos á ello la gratitud.

Las compañías ferroviarias pagan espléndidamente determinados servicios, y cuentan como consejeros de su administración á casi todos nuestros hombres políticos de importancia.

La opinión indignada con la catástrofe de Lezama, pide justicia á gritos.

¡Justicia!

A buen seguro que no alcanzará la responsabilidad penal á los capitalistas que han mandado construir esa línea imposible; ni al ingeniero que hizo el trazado y dirigió las obras; ni á la comisión técnica del gobierno que las dió por buenas; ni á la dirección de la empresa, que en camino tan peligroso hace salir los trenes sin guarda frenos ni tornillos de seguridad.

No; el responsable de la catástrofe, resultará ser algún pobre empleado de poco sueldo que pagará por todos é irá á dar con sus huesos en algún penal.

Entretanto, los accionistas seguirán cobrando sus dividendos, y la línea continuará en igual estado para poder producir cualquier día de estos un nuevo desastre.

LANZADAS

La discusión de actas.

La Cámara está animadísima. Se discute el acta de Villamelón. Hace uso de la palabra en nombre de la comisión correspondiente el diputado ministerial señor de...

Oigámosle:

—Señores diputados: nadie como mi defendido tiene derecho á sentarse en estos bancos. Prescindamos de que su elección haya sido más ó menos legal, lo que debéis de tener en cuenta al emitir vuestros votos es que mi patrocinado es hijo putativo del señor ministro de...

(Grandes protestas en los bancos de las oposiciones.)

Resultado de la votación.

El hijo putativo del ministro de... 100 votos.

El candidato de oposición... » »

¡Tableau!

¡Vaya una suerte más perral!

¡Por donde quiera que voy,

he de encontrar á Becerra!

En el Senado continúa discutiéndose la ley de explosivos.

Y se pronuncian allí cada discurso...

Dignos de la dinamita.

El maestro Ferreras se queja en *El Correo* del insufrible calor que está haciendo estos días en Madrid. Bueno, ¿y qué?

¿No se ha marchado ya la corte á San Sebastián?

¡Pues entonces á qué quejarnos!

El señor conde de Xiquena ha tenido á bien declarar que los republicanos no tiene derecho á defender sus ideales en el Parlamento.

Conque no, ¿eh?

¿Y en las calles?

Los riffeños están alborotados. Pero ya sabemos la receta para calmarlos. ¡Con enviar á Melilla veinticuatro mil hombres!

La corte se ha marchado á San Sebastián.

Y los madrileños seguimos tan tranquilos, como si continuáramos gozando de la presencia de la real familia.

¡Oh, ingratitud humana!

De la cuarta plana de cualquier periódico:

«*Chispas*, nuevo libro de D. Manuel del Palacio, muy á propósito para viajes y baños.»

¡Vaya! Ya se anuncian los versos del pobre O'50 como las pastillas de chocolate de Matías López:

«Indispensables para los viajeros.»

El Sr. Pasquín ha ido como ministro de jornada á San Sebastián.

Usease en clase de rodrigón.

Los padres de familia se han dignado al fin presentar una denuncia al juzgado para que prohíba las representaciones de la compañía infantil.

Sólo que la denuncia ha llegado un poco tarde.

Después de haber dado veinte representaciones esa compañía.

La *Correspondencia* tiene á bien anunciarnos que la señora regente ha recibido en audiencia á una comisión de la orden militar del Santo Sepulcro.

¡Oh, dioses! ¿Pero todavía existe esa orden en el mundo?

¡Cuando ya es cosa averiguada que no hay tal Santo Sepulcro!

El Sr. Moret ha estado muy enfermo estos días.

Ha sufrido, según los médicos, una gran crisis nerviosa.

Y no es eso lo malo.

Sino que ahora está amenazado de una gran crisis... ministerial.

Uno de nuestros más conocidos barberos, ha intentado afeitar al león que Mr. Sioni exhibe en el circo de Parish.

Pues señor, no vemos la novedad del suceso.

¡Porque apenas si hace tiempo que le están haciendo la barba al clásico león español estos señores monárquicos!

D. Jaime de Borbón, ha hecho un viaje de placer por toda España.

Y según se dice ha quedado prendado de sus paisanas.

«Desde la princesa altiva...»

Etcétera, etcétera.

Conste que en el Observatorio astronómico hay un empleado á quien le hace mucha falta estudiar el *Manual práctico de educación*.

Y conste también que sentimos no saber el nombre de ese funcionario para exponerlo á la vergüenza pública.

El Sr. Ballesteró en el Congreso:

«Venimos aquí á defender la República en contra de la monarquía. Ese es el mandato de nuestros electores. Para las personas tendremos respeto; para las instituciones, aun nos parecen poco todos los rayos del cielo y todas las maldiciones de la historia.»

Todos los rayos del cielo y todas las maldiciones de la historia.

¿Se enteró el señor conde de Xiquena?

La gran vía ha conmemorado el aniversario de su fundación con un número extraordinario que aconsejamos á ustedes que compren.

¡Y eso que á estas horas debe de haberse agotado ya la edición!

¡VIVA LA REPÚBLICA!

Las Cortes se han cerrado al grito de ¡viva la República! Y este grito, síntesis de nuestras aspiraciones, lanzado en el seno de la representación nacional, ha hecho reverdecer las esperanzas de todos los buenos republicanos. Ese ¡viva la República!, puede ser el anuncio del próximo triunfo.

Estamos en vísperas de grandes acontecimientos. Esta profecía no es nuestra, es de todo el mundo. No es ya sólo el pueblo el que se queja, son también las llamadas clases conservadoras. La vida se ha hecho imposible para todos. Y el malestar y la intranquilidad aumentan cada vez más. Si; no es aventurado afirmar que estamos en vísperas de grandes sucesos.

El Tribunal Supremo de Justicia ha declarado legal, en una famosa sentencia, el grito de ¡viva la República!

Y por eso nosotros nos podemos permitir la satisfacción, sin temor á las iras del señor fiscal, de repetir el grito que la minoría republicana ha lanzado en el Congreso:

—¡Viva la República!

Imp. de Diego Pacheco, Plaza del Dos de Mayo, 5, Madrid.